

MIGUEL A. POLO SANTILLÁN

LA RELIGIÓN DE LA AGONÍA DE UNAMUNO

Resumen:

Unamuno religioso es la faceta central de todo su ser y toda su actividad. Sin embargo, aún el alma religiosa del filósofo vasco presenta múltiples facetas: asumir la religión como agonía, comprensión peculiar del cristianismo, rechazo de las pruebas racionales de Dios, su anhelo de eternidad, su voluntad de creer a pesar de la eterna duda, la lucha entre razón y fe, para al final llegar al momento místico de la plenitud de plenitudes. El artículo presenta esas facetas de este gran pensador español.

Palabras clave:

religión, agonía, cristianismo, fe, alma, Dios.

*Lejos de mí, Señor, el pensamiento
de enterrarte en la idea,
la impiedad de querer con raciocinios
demostrar tu existencia.
Unamuno*

Miguel de Unamuno (1864-1936), filósofo, literato, pensador-poeta español, destacado representante de la llamada Generación del 98, un grupo de intelectuales españoles que a fines del siglo pasado comenzaron a pensar sobre el ser español y por ello sobre lo que significa ser humano. Unamuno vive su época y piensa con todo su ser, con su carne y sangre, sufre su tiempo y lucha contra el tiempo, vive su humanidad y busca trascenderla. Por eso, el tema religioso ocupó un tema central en la vida de este ilustre español. Religiosidad de polémica constante, de lucha interior entre la fe y la razón, entre su voluntad y la necesidad de la gracia divina. Vamos a presentar algunos tópicos de la reflexión de Unamuno.

El cristianismo, religión agónica

En su ensayo *Mi religión* (1907), Unamuno da respuesta a la pregunta formulada por un amigo chileno: «¿cuál es la religión de ese señor Unamuno?». Comienza su respuesta indicando que los individuos como los pueblos perezosos espiritualmente propenden al dogmatismo:

La pereza espiritual huye de la posición crítica o escéptica¹.

Y es que en el orden filosófico no se pueden dar soluciones ya elaboradas, lo que se necesita es volver a plantear el problema. La filosofía no es para el filósofo-poeta una concepción del mundo, sino una actitud vital que nace de lo más hondo del alma humana. Además, para la práctica de nuestra vida no tenemos que esperar soluciones científicas definitivas, porque existe primacía de la vida sobre la ciencia.

Y es que luego de la crisis de 1897, que produjo el derrumbe de sus afirmaciones intelectuales y políticas, asumió un escepticismo vital, es decir, la que rechaza tanto el dogmatismo tanto del creyente como del no-creyente, pero también rechaza la «duda filosófica» como la de Descartes. Duda vital, eso significa agonía. Sobre su crisis escribirá en su *Diario íntimo*:

Mi idealismo, mi socialismo, mi anarquismo, mi fenomenismo teórico, todo me parece trasfigurado a una nueva luz².

Y la nueva luz es asumir el cristianismo como una religión de lucha permanente entre lo eterno y lo temporal, entre la vida y la muerte. Pero, ¿cuál es su religión? Responde:

Mi religión es buscar la verdad en la vida y la vida en la verdad, aun a sabiendas de que no he de encontrarla mientras viva; mi religión es luchar incesante e incansablemente con el misterio; mi religión es luchar con Dios desde el romper del alba hasta el caer de la no-

¹ M. de Unamuno, «Mi religión», ensayo de 1907, en German Marquinez Argote. *Filosofía de la religión*. Bogotá: Universidad Santo Tomás de Aquino. 1993. p. 137.

² Unamuno. *Diario Íntimo*. Madrid: Alianza Editorial. 1972.

che... No puedo transigir con aquello de Inconocible... Rechazo el eterno *ignorabimus*. Y en todo caso quiero trepar a lo inaccesible... [Cristo] nos puso lo inasequible como meta y término de nuestros esfuerzos³.

El filósofo vasco busca desentrañar el misterio, la verdad, pero está convencido que no puede encontrarla en esta vida. Actitud que desagrada al filósofo Julián Marías, quien considera que Unamuno renuncia a la razón, al conocimiento de Dios por su «afán de singularidad», crítica que considero injusta porque no logra dar cuenta de la intimidad agónica del filósofo vasco.

Razón trágica que no puede desentrañar el misterio, pero debe seguir buscando. Y como en asuntos religiosos no hay nada racionalmente resuelto, Unamuno opta cordialmente por el cristianismo, sin limitarse a dogmas o confesiones religiosas. Después de todo, considera que la herejía crea la ortodoxia.

El cristianismo de Unamuno es «deliberadamente heterodoxo», como lo ha señalado Julián Marías, porque se resiste a ser encasillado. Entiende así el cristianismo:

Considero cristiano a todo el que invoca con respeto y amor el nombre de Cristo, y me repugnan los ortodoxos, sean católicos o protestantes...que niegan cristianismo a quienes no interpretan el Evangelio como ellos⁴.

Al respecto, otra vez J. Marías critica el cristianismo de Unamuno: «¿Fue Unamuno de verdad cristiano, o no pasó de filocristo? Seguramente, ninguna de las dos cosas, porque le faltó humildad, seriedad radical y, en última instancia, fe en sentido estricto para ser lo primero, y le sobró hondura y espíritu religioso para quedarse en el segundo»⁵. Pero olvida Marías que el cristianismo, antes que doctrina e institución fue vivencia personal, experiencia íntima, entre el alma y Dios. ¿Se puede criticar a Unamuno por vivir de esa manera su cristianismo fuera de toda doctrina?

³ Unamuno. «Mi religión», en *Op. cit.* p. 138.

⁴ *Ibidem.* p. 139.

⁵ J. Marías, *Miguel de Unamuno*. Bs. As.: EMECE. 1953. ps. 178-9.

Cristianismo –aunque cuestiona el *ismo*, encontrando virtud en llamarlo cristiandad– no como una doctrina sino como una vivencia personal, algo que no pertenece a la inteligencia o a la voluntad o al sentimiento sino a todo el ser humano, por eso una vivencia integral.

Aunque Paris ha considerado que el cristianismo de Unamuno no es encasillable, por lo menos podemos señalar que su cristianismo tiene dos características: por un lado es un cristianismo individualista, por otro lado es agónico, temas desarrollados en su obra *La agonía del cristianismo* (1925).

a) El individualismo absoluto del cristianismo.- En distintas partes de la obra citada nos habla del individualismo del cristianismo:

El cristianismo es el valor del espíritu universal que tiene sus raíces en lo más íntimo de la individualidad humana⁶.

Un poco más adelante vuelve a repetir:

...en el orden religioso, y sobre todo en el orden de la religión cristiana, no cabe tratar de los grandes intereses generales, religiosos, eternos, universales, sin darles un carácter personal, yo diría más bien individual⁷.

El egoísmo espiritual es una consecuencia del rechazo de la abstracción de «Humanidad». Unamuno considera que luchar por una «Humanidad» condenada a la nada, a la muerte, es una «triste tarea». Prefiere al hombre concreto, individual, que al salvarse salva a los demás. Y más adelante añade:

El cristianismo es el individualismo radical...como la individualidad es lo más universal...⁸

Esta forma de entender al cristianismo nace de su preocupación central: la pervivencia individual del alma humana. A esta pre-

⁶ Unamuno. *Agonía del cristianismo*. Madrid: Espasa-Calpe. 1984. p. 15.

⁷ *Ibidem*. p. 18.

⁸ *Ibidem*. p. 93.

ocupación la sostiene una antropología individualista con clara influencia de Kierkegaard, lo cual hace que subordine el valor social del cristianismo. El interés social de la religión cristiana es una consecuencia de la búsqueda de salvación individual:

...para un verdadero cristiano -si es que un cristiano verdadero es posible en la vida civil- toda cuestión, política o lo que sea, debe concebirse, tratarse y resolverse en relación con el interés individual de la salvación eterna, de la eternidad⁹.

El cristianismo como una religión espiritual e individual poco o nada tiene de común con el mundo. Vuelve a decir Unamuno:

El Cristo nada tiene que ver ni con el socialismo ni con la propiedad privada¹⁰.

Más adelante sigue diciendo:

...la democracia, la libertad civil, o la dictadura, la tiranía, tienen tan poco que ver con el cristianismo...¹¹

Individualismo que después de todo no rechaza lo social, sino que afirma su preocupación central de eternidad para luego trabajar y amar al prójimo, porque también en la sociedad podemos encontrar eternización. El cristianismo no puede vivir si no es en el mundo, en la civilización, en la cultura, por eso el cristianismo después de todo también es lucha, es agonía. No es de este mundo pero tiene que vivir en el mundo, contradicción inherente al mismo cristianismo.

b) La agonía cristiana.- Pero el cristianismo de Unamuno es «agónico», no en el sentido de moribundo, sino en su significado etimológico de lucha y combate, que el filósofo vasco trata de rescatar insistentemente.

Al cristianismo hay que definirlo agónicamente, polémicamente, en función de lucha¹².

⁹ Ibidem. p. 17.

¹⁰ Ibidem. p. 84.

¹¹ Ibidem. p. 85.

¹² Ibidem. p. 31.

Agonía, lucha, que el pensador-poeta cree encontrarlo desde Pablo:

En que el cristianismo, la cristiandad más bien, desde que nació en san Pablo, no fue doctrina, aunque se expresa dialécticamente, fue vida, fue lucha, fue agonía¹³.

Entre otras cosas porque en san Pablo está la lucha entre la resurrección de la carne (esperanza judaica, farisaica, psíquica, nos dice Unamuno) con la inmortalidad de alma (esperanza helénica, platónica, espiritual). Y esta es la tragedia que san Pablo dió por herencia a todo el cristianismo. Y a veces considera que esta lucha ya está en Jesús mismo:

...la agonía es, pues, lucha. Y el Cristo vino a traernos agonía, lucha y no paz¹⁴.

Un personaje que según Unamuno expresa la agonía del cristianismo es Blas Pascal. Hasta él mismo empieza su obra diciendo:

Lo que voy a expresar aquí, lector, es mi agonía¹⁵.

Unamuno no es precisamente un místico que oculte la lucha en la unidad, en la paz del alma que goza ante la presencia de su Dios, al contrario se opone a ese tipo de cristianos, como los jesuitas, a los que tanto atacó:

Esta gente trata de detener y evitar la agonía del cristianismo, pero es matándole, ¡que' deje de sufrir!, y le administra el opio mortífero de sus ejercicios espirituales y su educación¹⁶.

El cristianismo de Unamuno no está sustentado en la fe sencilla del «sí creo», no en la paz del alma religiosa, ni en la racionalización del misterio, sino en la «divina intranquilidad» (Enrique Rivera). El verdadero cristiano es el que no apaga esa contradicción sino que vive en ella porque está instalada en su conciencia. Con

¹³ Ibidem. p. 34.

¹⁴ Ibidem. p. 23.

¹⁵ Ibidem. p. 18.

¹⁶ Ibidem. p. 117.

eco pascaliano nos dice que el hombre es contrariedad sin esperanza de solución ni conciliación.

Una vida de lucha con el misterio fue la vida de Unamuno, quien se propuso inquietar a sus prójimos, angustiarlos, hacerlos partícipes de la lucha de vivir que nos enaltece como humanos. Y es que esta vida, como la religión, es lucha, duda, agonía.

Dios y el alma humana

a) La existencia de Dios.- La razón no puede alcanzar la verdad, según Unamuno. Y está de acuerdo con Kant en que la razón no puede demostrar la existencia de Dios, nos dice en su ensayo *Mi religión*, que todas las supuestas pruebas racionales de la existencia de Dios no me pueden demostrar nada¹⁷.

Así, la razón no prueba la existencia de Dios, ni tampoco prueba que no exista¹⁸. Al modo pascaliano, Dios es inaccesible a la razón sólo al corazón, dado que Dios es Amor:

Y es que al Dios vivo, al Dios humano, no se llega por el camino de razón, sino por camino de amor y de sufrimiento. La razón nos aparta más bien de El. No es posible conocerle para luego amarle; hay que empezar por amarle, por anhelarle, por tener hambre de El, antes de conocerle...Dios es indefinible. Querer definir a Dios es pretender limitarlo en nuestra mente; matarlo. En cuanto tratamos de definirlo, nos surge la nada¹⁹.

Pero, ¿cómo entiende (o siente) Unamuno a Dios? ¿qué necesidad tenemos de Dios? Dios no puede ser comprendido por la razón porque ésta trabaja con conceptos estáticos, inmoviliza la vida, o como diría Bergson –quien también influyó en el filósofo vasco– sólo toma fotografías de la realidad. En *Del sentimiento...* nos dice que Dios es la personalización del Universo, es decir la conciencia del Universo:

¹⁷ Unamuno. «Mi religión», en *Op. cit.* p. 139.

¹⁸ Unamuno. *Del sentimiento trágico de la vida*. Madrid: Sarpe. 1983. p. 165.

¹⁹ *Ibidem*. p. 181.

Dios es, pues, la personalización del Todo, es la Conciencia eterna e infinita del Universo, Conciencia presa de la materia y luchando por libertarse de ella²⁰.

Además, Unamuno está de acuerdo con la vivencia de distintos pueblos que consideran que Dios es finalidad y sentido del Universo, lo cual expresa el deseo del alma de persistir eternamente. Y por ser personalización del Todo, el Dios vivo también es subjetividad, específicamente Voluntad. Así, Unamuno tiene una imagen voluntarista no sólo de la vida humana y de la fe sino también de Dios:

Es un Dios vivo, subjetivo –pues que no es sino la subjetividad objetivada o la personalidad universalizada–, que es más que mera idea, y antes que razón es voluntad. Dios es Amor, esto es, Voluntad. La razón, el Verbo, deriva de El; pero El, el Padre, es, ante todo, Voluntad²¹.

Dios es conciencia ha llevado a Dios es un ser personal. De ese modo, un Dios que sólo es razón universal e impersonal es sólo producto de la razón. Como Pascal, el Dios de Unamuno es un Dios sentido y no pensado. Y con el sentimiento, Dios y el hombre se encuentran estrechamente enlazados, hasta el punto que Unamuno llega a decir que el hombre también salva a Dios:

Dios y el hombre se hacen mutuamente, en efecto; Dios se hace o se revela en el hombre, y el hombre se hace en Dios²².

Por último, Unamuno –tratando de solucionar el problema de la existencia de Dios– nos dice que Dios no existe, sino sobreexiste:

Y Dios no existe, sino que más bien sobreexiste, y está sustentando nuestra existencia existiéndonos²³.

Dios no existe porque la palabra existencia significa «estar fuera» de nosotros, fuera de nuestra mente. Dios nos sustancializa,

²⁰ Ibidem. p. 156.

²¹ Ibidem. p. 180.

²² Ibidem. p. 183.

²³ Ibidem. p. 182.

nos sustenta y ante ese Dios no es la necesidad racional la que nos prueba su existencia ni la que nos hace creer en El, sino es la angustia vital la que nos hace creer en El. Creer en El es querer que exista.

¿Y por qué crea el hombre a Dios? La respuesta, siendo fiel a su inquietud principal, es por salvarnos de la nada, del aniquilamiento como individuos concientes, por eso Dios es el amor que nos salva. Al respecto, dos pasajes representativos en Unamuno son los siguientes:

El hombre no se resigna a estar, como conciencia, solo en el Universo, ni a ser un fenómeno objetivo más. Quiere salvar su subjetividad vital o pasional haciendo vivo, personal, animado al Universo todo...Por ser conscientes nos sentimos existir, que es muy otra cosa que sabernos existentes, y queremos sentir la existencia de todo lo demás, que cada una de las demás cosas individuales sea también un yo²⁴.

Más adelante, vuelve a exponer con más claridad la necesidad de Dios:

Hemos creado a Dios para salvar al Universo de la nada, pues lo que no es conciencia y conciencia eterna, consciente de su eternidad y eternamente consciente, no es nada más que apariencia...lo único sustancial es la conciencia. Y necesitamos a Dios para salvar la conciencia; no para pensar la existencia, sino para vivirla; no para saber por qué y cómo es, sino para sentir para qué es. El amor es un contrasentido si no hay Dios²⁵.

Unamuno huye del anonadamiento, de la extinción completa del ser individual, pero también de concebir a un Dios impersonal. Siente necesidad vital de un ser personal eterno que sustancialice su ser individual y de ese modo eternizarlo. Dios nos salva de la nada, nos da sentido y sustento tanto al alma individual como al universo todo.

²⁴ Ibidem. p. 161.

²⁵ Ibidem. p. 169. Cfr. C. Paris. «Unamuno: la religión como soterología existencial», en M. Freijó (Editor), *Filosofía de la religión. Estudios y textos*. Madrid: Trotta. 1994.

b) A Dios por el amor.- Dios es «conciencia eterna e infinita», la cual implica con-sentir, es decir, compadecer. Dios es amor porque es compasión, el ser que asume el dolor de todos los seres. De ese modo, el amor y el dolor se convierten en caminos a Dios. Y como el amor no puede ser abstracto porque depende del Dios personal, el amor humano tampoco es abstracto sino que ama siempre a personas. Nuestro amor a Dios no puede ser una abstracción, sino es el amor a un ser personal, de lo contrario no sería amor.

La fe, como veremos más adelante es voluntad, querer que exista lo que creemos, por lo tanto poder creador. Y creer en Dios es amarle.

La fe en Dios nace del amor a Dios, creemos que existe por querer que exista, y nace acaso también del amor de Dios a nosotros²⁶.

El amor nos hace creer en Dios...²⁷

El amor es entrega, hay que entregarse todo para eternizarnos. Así, el amor es el poder que nos revela lo eterno en nosotros y en nuestro prójimo, poder que personaliza el Universo y que nos permite la inmortalidad, tan buscada por Unamuno. Y si Dios no existiese, el amor sería un contrasentido, porque a pesar de ser aspiración a la eternidad no podría realizarse si no existe el ser que nos eterniza.

c) El destino del alma.- Y si existe una conciencia universal y eterna, ¿por qué no ha de existir una conciencia individual también eterna? Así, el alma es entendida de la siguiente manera:

Lo que llamamos alma no es nada más que un término para designar la conciencia individual en su integridad y su persistencia...²⁸

Unamuno critica una serie de tesis sobre la relación del alma con Dios. En primer lugar, rechaza la solución católica que asume la absorción del alma en Dios a través de la contemplación amorosa.

²⁶ Ibidem. p. 165.

²⁷ Ibidem. p. 212.

²⁸ Ibidem. p. 100. Cfr. J. Camon, *Cinco pensadores ante el espíritu*. Madrid: BAC. 1975. Cap. III: «Unamuno».

También rechaza la solución paulista denominada «apocatástasis» que sostiene que Dios es todo en todo. Otras tesis que también rechaza es la panteísta, que identifica a Dios con la materia y la tesis nietzscheana del eterno retorno. Tesis rechazadas que aparecen en el capítulo X de *Del sentimiento trágico de la vida*. Unamuno se opone a todo aquello que sea disolución del alma humana, es decir de la individualidad. Se pregunta: «¿Cómo resignarme a hacer el sacrificio de este pobre yo, por el cual y sólo por el cual conozco de finalidad y de conciencia universal?». A lo que responde:

Y el alma, mi alma al menos, anhela otra cosa, no absorción, no quietud, no paz, no apagamiento, sino eterno acercarse sin llegar nunca, inacabable anhelo, eterna esperanza que eternamente se renueva sin acabarse del todo nunca... ¡Dejadnos vivir! La eternidad, como un eterno presente, sin recuerdo y sin esperanza, es la muerte. Así son las ideas, pero así no viven los hombres. Así son las ideas en el Dios-Idea; pero no pueden vivir así los hombres en el Dios vivo, en el Dios-Hombre²⁹.

Unamuno no desea ser poseído por Dios, quiere poseer a Dios, es decir, sin dejar de perder su individualidad, su yo. De ese modo, lo que queda al alma humana sólo es creer que exista una vida posterior, aunque esté teñida de incertidumbre. Sin embargo, Unamuno apuesta por la pervivencia del alma individual:

Hay que creer en la otra vida, en la vida eterna más allá de la tumba, y en una vida individual y personal, en una vida en que cada uno de nosotros sienta su conciencia y la sienta unirse, sin confundirse con las demás conciencias todas en la Conciencia Suprema, en Dios; hay que creer en esa otra vida para poder vivir ésta y soportarla y darle sentido y finalidad... Y hay, sobre todo, que sentir y conducirse como si nos estuviese reservada una continuación sin fin de nuestra vida terrenal después de la muerte...³⁰

²⁹ Ibidem. p. 262.

³⁰ Ibidem. p. 264-5.

Fe dubitativa y vital

a) Voluntad de creer.- Unamuno vuelve a repetir la frase de san Pablo, que la fe es la sustancia de lo que se espera (Hebreos, XI, 1). Esta fe es personal, porque se tiene confianza en una persona, es decir creemos en alguien, por lo cual es una forma de conocer y esperar lo que vendrá:

Y como la persona es una voluntad, y la voluntad se refiere siempre al porvenir, el que cree, cree en lo que vendrá, esto es, en lo que espera. No se cree, en rigor lo que es y lo que fue, sino como garantía, como sustancia de lo que será³¹.

Por eso, Unamuno, siguiendo las líneas tomistas, relaciona la fe con la voluntad:

Pues la fe no es la mera adhesión del intelecto a un principio abstracto, no es el reconocimiento de una verdad teórica en que la voluntad no hace sino movernos a entender; la fe es cosa de la voluntad, es movimiento del ánimo hacia una verdad práctica, hacia una persona, hacia algo que nos hace vivir y no tan sólo comprender la vida³².

Así, la fe se reduce a querer creer:

El querer creer ¿no es principio de creer? El que desea fe y la pide ¿no es que la tiene ya aunque no lo sepa?³³

Creemos en Dios no porque tengamos pruebas racionales sino porque queremos creer, queremos que Dios exista. De ese modo, la fe se justifica a sí misma:

La fe es la prueba de la verdad de lo creído. Sólo la verdad puede imponerse con tal evidencia³⁴.

b) La fe creadora.- Al querer creer nosotros creamos a Dios. Ya en su ensayo *La fe* (1900) nos propone una interpretación diferente de la fe. Mientras el catolicismo señalaba que la fe es «creer lo que no vimos», Unamuno afirma el poder creativo de la fe:

³¹ Ibidem. p. 203.

³² Ibidem. p. 204.

³³ Unamuno. *Diario Intimo*. p. 108.

³⁴ Ibidem. p. 40.

¿Crear lo que no vimos? ¡Crear lo que no vimos no, sino crear lo que no vemos! Crear lo que no vemos, sí, crearlo y vivirlo, y consumirlo, y volverlo a crear y consumirlo de nuevo viviéndolo otra vez, para otra vez crearlo y así, en incesante tormento vital³⁵.

Idea que desarrollará en su obra *Del sentimiento trágico de la vida* (1913). Así, Unamuno convierte a la fe en un poder creador: al creer en Dios lo creamos y personalizamos al universo, eso mismo es prueba de su existencia porque ese poder creador nos viene de Dios instalado dentro de nosotros, así Dios mismo se crea en nosotros por el amor:

La fe crea, en cierto modo, su objeto. Y la fe en Dios consiste en crear a Dios y como es Dios el que nos da la fe en El, es Dios el que está creando a sí mismo de continuo en nosotros...El poder de crear un Dios a nuestra imagen y semejanza, de personalizar el Universo, no significa otra cosa sino que llevamos a Dios dentro, como sustancia de lo que esperamos, y que Dios nos está de continuo creando a su imagen y semejanza³⁶.

Y Dios se crea a sí mismo en nosotros por el amor. Así, creer en Dios es amarle y de ese modo se le conoce, mientras que una ciencia sin amor nos aparta de Dios:

Porque Dios sale al encuentro de quien le busca con amor y por amor, y se hurta de quien le inquiera por fría razón, no amoroso...Y así, la ciencia sin amor nos aparta de Dios, y el amor, aun sin ciencia, y acaso mejor sin ella, nos lleva a Dios; y por Dios a la sabiduría³⁷.

c) La fe dubitativa.- Pero, como la vida es contradicción, la fe en Dios siempre estará en lucha con las dudas de la razón. La luz de la fe siempre está acompañada de las sombras de la razón. Unamuno no rechaza esta lucha, sino que la considera condición de toda vida

³⁵ Citado por S. Serrano Poncela. *El pensamiento de Unamuno*. México: FCE. 1964. p. 150.

³⁶ Unamuno. *Del sentimiento trágico de la vida*. p. 205.

³⁷ *Ibidem*. ps. 206-7.

espiritual. Sin embargo, sí rechaza la simple fe del carbonero, la sencilla fe que no duda:

Esa fe absurda, esa fe sin sombra de incertidumbre, esa fe de estúpidos carboneros, se une a la incredulidad absurda, a la incredulidad sin sombra de incertidumbre, a la incredulidad de los intelectuales atacados de estupidez afectiva, para no pensar en ello³⁸.

La fe de la que habla Unamuno es una fe que duda, porque ya nos había dicho que la vida es ante todo lucha, conflicto entre fe e incredulidad, entre la fe y la razón:

El modo de vivir, de luchar, de luchar por la vida y vivir de la lucha, de la fe, es dudar...Fe que no duda es fe muerta³⁹.

No se trata de la duda metódica de Descartes, sino la duda pascaliana que hace al hombre una contrariedad, una lucha de opuestos, una «dualidad del combate». Y se duda justamente porque se tiene esperanza. Esta fe dubitativa es base de la acción y cimiento de la moral. Tenemos un apasionado anhelo de vida eterna lucha con la razón, justificando así pues el sentimiento de incertidumbre⁴⁰. Por eso, la fe dubitativa se sustenta en la lucha entre la razón y la fe:

Razón y fe son dos enemigos que no pueden sostenerse el uno sin el otro. Lo irracional pide ser racionalizado, y la razón sólo puede operar sobre lo irracional. Tienen que apoyarse uno en otro y asociarse. Pero asociarse en lucha, ya que la lucha es un modo de asociación⁴¹.

Lucha sin solución, sin ganador ni perdedor, ese es el estigma que marcó la espiritualidad de Unamuno. Repite varias veces, lo que considera el emblema de la fe, un pasaje del evangelio de Marcos, donde un padre de familia pide ayuda a Jesús para que sane a su hijo. Jesús le dice: «Si eres capaz de creer, para el que cree todo es posible». A lo que el padre responde: «Creo, Señor, ayuda a mi in-

³⁸ Ibidem. p. 139

³⁹ Unamuno. *Agonía del cristianismo*. p. 24.

⁴⁰ Unamuno. *Del sentimiento trágico de la vida*. p. 145.

⁴¹ Ibidem. p. 130.

credulidad» (Mc.IX, 23). Unamuno hace referencia a que la racionalización del misterio había matado su fe, por eso en su intimidad vuelve a repetir: «Creo, Señor, ayuda a mi incredulidad». Agonía íntima, sentimiento trágico del alma de Unamuno.

d) La palabra y la fe.- Por último, en su *Agonía del cristianismo* Unamuno asocia la fe con la palabra:

La letra se ve, pero la palabra se oye, y la fe entra por el oído...La fe es pasiva, femenina, hija de la gracia, y no activa, masculina y producida por el libre albedrío⁴².

La tradición judeo-cristiana había valorado la palabra de Dios, palabra que se escucha, por eso resulta importante el sentido del oído. Ha Dios no se lo puede ver, Moisés escuchó la palabra de Dios y liberó al pueblo hebreo. El evangelio de Juan empieza diciendo –con cierto eco griego– que el Verbo se hizo carne. El mismo Pablo escuchó la palabra de Cristo y tuvo fe. Siguiendo esa tradición, Unamuno vuelve a decir que «la fe entra por el oído», es decir, hay que escuchar la palabra para tener fe. Palabra que crea y sostiene.

Plenitud de plenitudes

A pesar de ese lenguaje agónico (algunos erróneamente lo denominan «mística agónica»), Unamuno nos presenta en su *Diario Intimo* -también en sus poemas- la posibilidad de que la vida humana tenga plenitud desde la vivencia religiosa. En esta obra íntima encontramos a un Unamuno donde supera por momentos la agonía de la vida y respira el aire místico de la tradición española, específicamente de la mística teresiana, dando paso al «Unamuno contemplativo» (Blanco Aguinaga). Nos dice:

¡Felices aquellos cuyos días son todos iguales! Lo mismo les es un día que otro, lo mismo un mes que un día y un año lo mismo que un mes. Han vencido al tiempo; viven sobre él y no sujetos a él. No

⁴² Unamuno. *Agonía del cristianismo*. p. 76.

hay para ellos más que las diferencias del alba, la mañana, el medio día, la tarde y la noche; la primavera, el estío, el otoño y el invierno.

Se acuestan tranquilos esperando el nuevo día y se levantan alegres á vivirlo. Vuelven todos los días á vivir el mismo día. Rara vez se forman *idea* de Señor porque viven en él, y no lo piensan, sino que lo viven. Viven á Dios, que es más que pensarlo, sentirlo ó quererlo.

Su oración no es algo que se destaca y separa de sus demás actos, ni necesitan recogerse para hacerla, porque su vida toda es oración. Oran viviendo. Y por fin mueren como mueren la claridad del día al venir la noche, yendo á brillar en otra región.

¡Santa sencillez! Una vez perdida no se recobra⁴³.

Hasta la vivencia de la naturaleza resulta santificada, dado que el hombre sobre-naturaliza a la naturaleza humanizándola en Cristo⁴⁴. Por eso podemos encontrar un escrito místico como el que sigue:

Aquí, en la huertecilla del Oratorio están gorjeando los pajaritos mientras se bañan en la luz del Sol común. Gorjean de pura sencillez, en su canto el rebosamiento de su sencilla alegría de vivir. No les entristece la muerte, que no se imaginan, porque no es para ellos un castigo. Jamás han deseado la inmortalidad y gozan de su breve vida, que es un paraíso pasajero. Su gorjeo es una oración y de las más puras, una oración en acción de gracias al Señor que les permite bañarse en la luz del Sol durante una breve vida y volver luego á la tierra de que salieron.

¿Para qué esos pájaros? Para cantar con gorjeos la gloria de Dios, para darle gracias por su gran gloria, y sobre todo para enseñarnos á santificar su nombre y á alabarle con gorjeos sencillos⁴⁵.

Sin embargo, a pesar de haber probado la paz de la plenitud, Unamuno no permite que esa paz inunde su alma, porque desea agitación, permanecer en la lucha, en la agonía. Por eso apuntó:

⁴³ Unamuno. *Diario Intimo*. p. 116-117.

⁴⁴ *Ibidem*. p. 80.

⁴⁵ *Ibidem*. p. 33-34.

Escribo esto mismo con una tranquilidad que no quisiera tener⁴⁶.

Y como el Quijote de Cervantes cuya vida fue lucha constante, así fue la vida de Unamuno agónico, quien murió el 31 de diciembre de 1936, rodeado de sus familiares, tranquilo, en calma de sentirse sostenido o «sustancializado» en Dios, después de haber luchado toda su vida con el mundo, con Dios y consigo mismo. Y quizá por esa lucha permanente ganó la paz del alma, la cual pedía en sus poesías para después de su muerte.

⁴⁶ Ibidem. p. 60.